

La economía como sistema abierto: de la disociación a la integración¹

Resumen

La Economía que se enseña en la universidad es una economía de sistema cerrado, que ignora las interacciones continuas con el sistema ambiental (con los flujos biofísicos: energía y materiales), y que, en consecuencia, legitima la práctica de una economía que genera unos elevados e inevitables costes sociales (a los que apenas se presta atención), ejerciendo un continuo deterioro sobre el medio ambiente y la salud de las personas. Se puede pensar que es cuestión de tiempo el que los conceptos de la economía de sistema abierto, expresados en el cuerpo de conocimiento que es la Economía Ecológica, vayan ganando terreno, debido a que proporcionan una explicación intelectual más relevante y valiosa de la realidad. Y quizás sea así. Sin embargo, la superioridad intelectual para comprender y resolver problemas reales y urgentes no parece ser algo que interese demasiado ni en la universidad, ni en el ámbito empresarial, ni en el ámbito político. La prueba es que la Economía Ecológica lleva ya tiempo proporcionando explicaciones y soluciones relevantes que son continuamente ignoradas porque cuestionan la manera habitual de ver, de decidir y de hacer las cosas.

Federico
Aguilera Klink

Universidad
de La Laguna

1. Introducción

“El hombre [...] debería mirarse a sí mismo no como una parte separada y distinta, sino como un ciudadano del mundo, como un miembro de la vasta comunidad de la naturaleza [...]. Cualquier cosa que le concierna debería afectarle no más que todo aquello que concierna a cualquier otra parte igualmente importante de ese inmenso sistema”.

Adam Smith, *Historia de la Astronomía* (1795)

“La crisis ecológica es sobre todo una crisis de nuestra relación con la Naturaleza. La medida en que la Naturaleza necesita curación guarda una proporción directa con la medida en que nuestra conciencia de la Naturaleza está enferma”.

Jeremy Naydler, “Introducción” a *Goethe y la Ciencia* (2002)

Esta reflexión de Adam Smith sigue siendo, en la actualidad, un deseo y, como mucho, un programa de investigación minoritario en el ámbito académico de las facultades de Economía y de la universidad. Tampoco es algo que preocupe a los políticos y a los gobiernos, a pesar de haber creado ministerios de Medio Ambiente

¹ Conferencia impartida en Carmona (Sevilla), en el Curso de Verano sobre Economía Ecológica de la Universidad Pablo de Olavide (septiembre de 2009). Este artículo se publicó originalmente en 2010 en el número 2 de la revista electrónica *Sustentabilidad(es)*, editada en Chile (www.sustentabilidades.org).

como expresión de una preocupación, más ficticia que real, por los temas ambientales. Desde luego, si esa preocupación fuera real tendrían claro que lo relevante no es crear un ministerio de Medio Ambiente sino cambiar en profundidad los demás ministerios, empezando por el de Economía, y siguiendo con los de Industria, Obras Públicas, Agricultura, etc. Eso sí sería una expresión clara de preocupación por el medio ambiente, por las personas y, también, por la economía.

Pero nuestros políticos y gobernantes siguen queriendo ignorar que la economía es un sistema abierto a, y en interacción continua con, el sistema ambiental, es decir, con los flujos biofísicos (energía y materiales). Como, a su vez, la economía no es nada más que un subsistema del sistema social, al final lo que ocurre es que hay una interacción y una interdependencia inevitable entre lo social, lo económico y lo biofísico o ambiental.

Sin embargo, la economía que se enseña en la Universidad es una economía de sistema cerrado, que ignora las interacciones anteriores y que, en consecuencia, legitima la práctica de una economía que genera unos elevados e inevitables costes sociales (a los que apenas se presta atención), ejerciendo un continuo deterioro sobre el medio ambiente y sobre la salud de las personas.

Se puede pensar que es cuestión de tiempo el que los conceptos de la economía de sistema abierto, expresados en el cuerpo de conocimiento que es la Economía Ecológica, vayan ganando terreno debido a que proporcionan una explicación intelectual más relevante y valiosa de la realidad. Y quizás sea así. Sin embargo, la superioridad intelectual para comprender y resolver problemas reales y urgentes no parece ser algo que interese demasiado ni en la Universidad, ni en el ámbito empresarial, ni en el ámbito político. La prueba es que la Economía Ecológica lleva ya tiempo proporcionando explicaciones y soluciones relevantes que son continuamente ignoradas porque cuestionan la manera habitual de ver, de decidir y de hacer las cosas.

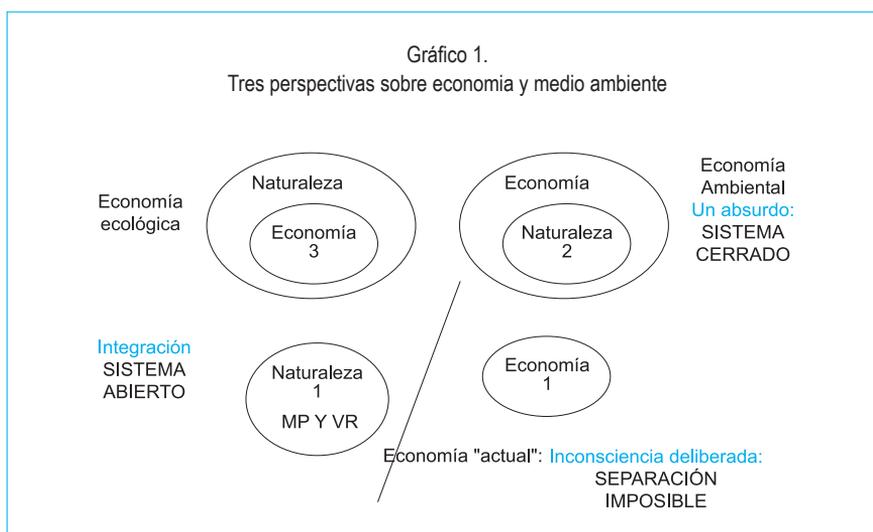
Por eso entiendo que las dificultades para consolidar una economía abierta, tanto en la teoría como en la práctica, no tienen que ver sólo con la existencia de intereses empresariales, políticos y académicos mezquinos y estrechos, sino con la incapacidad mental y psíquica, pacientemente construida, en parte, por los citados intereses, para atrevernos a ver dónde vivimos y para entender por qué seguimos practicando una economía y una manera de vivir, que legitima y considera como normal el ejercicio cotidiano de la violencia sobre las personas y sobre el planeta (en términos de malas condiciones de trabajo, contaminación creciente, bajos salarios y trabajos estúpidos) y que nos lleva, inevitablemente, a la destrucción del planeta y al suicidio como especie.

En definitiva, el trabajo intelectual es muy importante pero es necesario tener claro que nunca será suficiente para convencer a personas cuyos intereses son cuestionados, ni a personas que han aprendido pacientemente a aceptar que esta forma de vida es normal, sin preguntarse cuáles son las implicaciones de ella ni cuáles son los costes reales de vivir así, ni quién los está pagando. Hace falta, en consecuencia, un despertar psíquico y colectivo que nos permita tomar conciencia de cómo vivimos, de por qué vivimos así y de que hay otras maneras de hacerlo. La pregunta clave es si tendremos inteligencia o capacidad para llevar a cabo ese despertar.

2. Tres miradas sobre la economía

Existen básicamente tres perspectivas sobre las relaciones entre la economía o el sistema económico y el medio ambiente o la naturaleza, como recoge el Gráfico 1. La más divulgada, practicada y defendida es la que califico como “Economía actual”, que muestra una separación o escisión total entre ambos sistemas donde la Naturaleza queda reducida a un espacio que provee materias primas (MP en el gráfico) y en el que se vierten residuos (VR) sin que existan, habitualmente, impactos ambientales. En otras palabras:

“La teoría económica continúa tratando la asignación, la producción, el intercambio y la distribución como si ocurrieran en una esfera económica básicamente cerrada y autónoma con sólo pequeños efectos sobre el medio ambiente natural y social del hombre” (Kapp, 1970, 156).



Es, al mismo tiempo, una separación imposible de llevar a cabo, dada la existencia de interdependencias inevitables pero, paradójicamente, es la que las universidades divulgan como una expresión “científica” de la realidad y, también, es la que los políticos y empresarios apoyan y consideran como la única viable. Por eso incluyo en el gráfico la expresión “inconsciencia deliberada”, ya que entiendo que esa perspectiva sólo puede mantenerse construyendo deliberadamente la inconsciencia, es decir, intimidando a las personas para que dejen de ver lo que, de manera natural, ve cualquier persona que viva con los ojos abiertos.

¿A qué me refiero? Sencillamente a que vivimos en una economía de flujos (ciclos) de materiales cuya extracción y uso genera, inevitablemente, residuos, debido a la existencia de leyes físicas, y en la que no nos “apropiamos” sólo de recursos naturales (unidades físicas vivas e inertes) sino, fundamentalmente, de ecosistemas, lo que requiere preguntarse previamente: ¿qué economía o qué estilo de vida es compatible con esos ecosistemas que son el soporte de la vida? ¿Puede mantenerse una economía que deteriora de manera continuada e irreversible los ecosistemas? Sólo alguien que ha sido enseñado a no ver lo que tiene delante o a quien se le ha “prohibido ver lo evidente”, como señala *El Roto* en una de sus viñetas, insistiría en mantener la separación. El problema es que todos hemos sido educados en esa manera de ver y en esa prohibición por lo que, si no se hace un esfuerzo importante, terminamos por ver como totalmente normal esa separación e ignorando que vamos en contra de lo que estamos viendo y percibiendo con nuestros sentidos. Complementamos, en consecuencia, la separación intelectual con una separación o escisión psíquica en nosotros mismos que podría expresarse como “lo que yo percibo y veo está mal o es incorrecto puesto que no coincide con lo que me han enseñado (los que están legitimados para enseñarme)”.

La respuesta de la economía académica convencional ante la perspectiva anterior ha consistido en incorporar la naturaleza como si fuera un subconjunto del sistema económico. Es lo que muestra la *Economía Ambiental* en el Gráfico 1. No es que la naturaleza sea el núcleo de la economía sino que, al contrario, la naturaleza se concibe como un subconjunto que acepta y sigue las “reglas” dominantes del sistema económico. ¿Cuáles son esas reglas? En este caso se trata de considerar económico aquello que puede expresarse en términos monetarios y es objeto de transacción real o hipotética. Por eso la naturaleza que cuenta en esta aproximación es la que es objeto de *valoración monetaria* (VM en el gráfico) y la que es susceptible de ser estudiada bajo la óptica del *análisis coste-beneficio* (ACB) para tratar de conocer los flujos monetarios que obtendríamos de su uso o bien lo que estaríamos dispuestos a pagar por evitar su deterioro e incluso su destrucción.

Habitualmente estas valoraciones monetarias se realizan sin que las personas que expresan sus “preferencias monetarias” sepan o conozcan minimamente qué es lo que están valorando. Son ejercicios condicionados por la propia metodología que apenas presta atención a la relevancia e insustituibilidad de lo que se valora o a un posible deterioro irreversible. Se trata de hacer creer como si fuera algo científico, por el hecho de usar una metodología concreta, que la dimensión monetaria es la única capaz de expresar adecuadamente las diferentes dimensiones de la naturaleza dando por sentado que no somos capaces o no es científico razonar de acuerdo con las dimensiones biofísicas o la importancia para el mantenimiento de la vida de determinadas especies o ecosistemas.

Por eso, la economía ambiental, aunque pretende aparentar lo contrario, se mantiene en la idea de sistema cerrado y unidimensional que, por su propio punto de partida, es incapaz de reflejar adecuadamente la complejidad de la relación entre economía y naturaleza. Podría, como mucho, llamar la atención y asustar sobre el hipotético impacto económico-monetario de algunos daños ambientales, para ver si así la gente se da cuenta de lo que está ocurriendo, como ha ocurrido con el llamado *Informe Stern* y sus cálculos sobre lo que nos podría costar el cambio climático en términos monetarios. Pero, desde mi punto de vista, el impacto de algunos de estos ejercicios es puramente mediático, se lo trata de apropiar algún político o algún grupo de economistas, se recuerda durante algún tiempo y se olvida con rapidez puesto que llegados a un punto ya nos da igual que nos digan que nos va a costar miles de millones o decenas de miles de millones, da igual la moneda.

Son ejercicios de valoración monetaria esencialmente irrelevantes puesto que nos alejan cada vez más de una toma de conciencia clara de las implicaciones ambientales de nuestro estilo de vida y de las posibilidades de cambiarlo con nuestro comportamiento pues, obviamente, cada vez esperamos menos de las decisiones que puedan tomar los políticos para mejorar nuestro bienestar. Por eso, considero muy acertada la reflexión de Passet, según la cual:

“La noción de economía ambiental me parece un absurdo: no existe un cuerpo de pensamiento con una coherencia propia y que contemple al medio ambiente como un campo de aplicación; lo que existe es un pensamiento que es o no susceptible de aprehender los fenómenos de la biosfera en los cuales se inscribe dicho pensamiento” (Passet, 1980).

Y, desde luego, la economía ambiental, con todo su parafernalia econométrica se muestra incapaz de aprehender los fenómenos de la biosfera.

Nos queda, finalmente, la tercera perspectiva, que es la de la Economía Ecológica y en la que la economía o el sistema económico está adecuadamente

representado como un subconjunto del sistema ambiental o de la naturaleza. Esto significa que la economía reconoce su dependencia de, y su interacción inevitable con, la naturaleza y acepta la necesidad de integrarse en ella:

“Los sistemas económicos están íntima y recíprocamente relacionados con los otros sistemas [...] y son, fundamentalmente, sistemas abiertos” (Kapp, 1994: 324). “[...] el hecho de que los sistemas económicos sean sistemas abiertos y no cerrados, que dependen para su reproducción de los insumos extraídos del medio físico al cual devuelven contaminantes y residuos destructivos, obliga a considerar a la mayoría de los factores que la teoría económica hasta ahora ha juzgado como datos constantes o dados, como el problema mismo que hay que resolver o, metodológicamente hablando, como variables dependientes” (Kapp, 1994: 338).

De hecho, no existe ninguna economía que pretenda ser viable y que no acepte su integración en la naturaleza. Eso significa, exactamente, la sostenibilidad, aceptar la integración y acabar con la separación y con la escisión, reconocer que tanto la economía como los seres humanos que la hacemos somos, también, naturaleza y que no podemos desligarnos ni desvincularnos de ella so pena de acabar separados y desvinculados de nosotros mismos y, finalmente, de desaparecer como especie –con conciencia– de este planeta.

Así pues, el trabajo de la economía ecológica cuestiona el mantenimiento de los conceptos que son operativos bajo la idea de sistema cerrado. Dicho de otra manera, es necesario repensar dichos conceptos para ver de qué manera son operativos bajo un contexto de sistema abierto. Esto nos llevaría, inevitablemente, a repensar el panorama de estudio o el ámbito de la economía. En otras palabras, nos llevaría a cambiar las preguntas que ahora “son” relevantes en un contexto de sistema cerrado, a plantear una “reconstrucción intelectual” para evitar lo que Kapp califica de “congelamiento conceptual”. No en vano,

“...la organización de principios de sistemas económicos guiados por valores de intercambio, es incompatible con los requerimientos de los sistemas ecológicos y la satisfacción de las necesidades humanas básicas. Nuestros criterios tradicionales de eficiencia técnica, de cálculos de coste-beneficio y de racionalidad económica, son los puntos cruciales en discusión. Sus limitaciones se vuelven evidentes tan pronto como reparamos en la interacción dinámica entre los sistemas sociales y económicos abiertos y los sistemas ecológicos específicos” (Kapp, 1994: 329).

Y, finalmente, y debido a lo anterior, sería necesario cambiar el contenido educativo en la enseñanza de la economía de acuerdo con las líneas esbozadas por Kapp en 1976 cuando sugería que:

“En lugar de introducir a los estudiantes de economía [...] en el aparato formal altamente esotérico que llena los libros de texto convencionales, me parece indispensable que primero sean introducidos al carácter abierto de los sistemas económicos. Los problemas de la entropía [...] de los efectos retroactivos [...] de los equilibrios de materiales, de los límites máximos de la contaminación, de la causalidad acumulativa, necesitan convertirse en parte de la enseñanza de la economía para preparar a los economistas del futuro en las tareas de las que cada vez más se tendrán que ocupar” (Kapp, 1994, 340).

Ahora bien, pensar en términos de sistemas y en términos de interdependencias, desplazando la unidad de análisis, de las mercancías al estudio de esos sistemas y de sus interrelaciones es ir demasiado lejos puesto que requiere atreverse a pensar por cuenta propia y dejar de pensar por cuenta ajena, en suma,

“...es una innovación y presupone una nueva perspectiva que exige el abandono del viejo conocimiento [antes de que el nuevo pueda crearse]. Por regla general, una innovación de este tipo se siente como una fuente de molestia y de disgusto, como un destructor de la rutina, como un minador de la complacencia. Difícilmente puede esperarse que las innovaciones de esta clase provengan de estudiosos con un criterio convencional, ya que exigen una gama de referencia más amplia que la que los representantes de la ciencia [normal] aportan para dominar su materia de estudio” (Kapp, 1994, 332).

Vemos, en definitiva, la necesidad de un cambio intelectual y de hábitos de pensamiento y de consumo, si nos preocupa la configuración de una economía que sea compatible con las limitaciones y características de este planeta, pero no parece que haya mucho interés en conseguirlo. La reciente “Cumbre” de Copenhague constituye un buen ejemplo de esa falta de interés por parte de los gobiernos y empresas de la mayoría de los países cuyas economías son totalmente insostenibles o incompatibles con el mantenimiento de la vida en la Tierra.

2. ¿Qué posibilidades de cambio tenemos?

Desde mi punto de vista, de ciudadano de un país de cultura occidental, entiendo que las posibilidades de cambio podrían depender del trabajo en cuatro “espacios”: la universidad, la política y los gobiernos, la participación ciudadana y los movimientos sociales y, finalmente, mejorando nuestra consciencia. Evidentemente hay interacciones entre los cuatro espacios pero no terminan de ser interacciones “fecundas”, en el sentido de que haya cambios visibles y destacados en nuestra manera de pensar y, sobre todo, en nuestra manera de vivir y de hacer las cosas.

Muy al contrario, lo cierto es que coexisten las declaraciones gubernamentales sobre la importancia del medio ambiente y, al mismo tiempo, estos mismos gobiernos muestran su preocupación por la disminución del consumo de energía, la disminución de la venta de automóviles o la disminución del crecimiento del PIB. Por ejemplo, mientras el gobierno de Zapatero destina 250.000 millones de euros al Plan Especial de Infraestructuras y Transporte, destina sólo 20.000 millones de euros a “cambiar” el modelo productivo español aplicando la Ley de Economía Sostenible. Este tipo de decisiones reflejan con claridad que las preocupaciones ambientales por parte de los políticos son irreales, ficticias y carecen de contenido.

Por otro lado, aunque la Constitución española afirma en su Art. 23. 1 que “los ciudadanos tienen el derecho a participar en los asuntos públicos, directamente o por medio de representantes”, lo cierto es que el desarrollo efectivo de ese derecho constitucional a participar depende de los propios políticos que boicotean sistemáticamente el mismo, dejando la participación en una etiqueta, en una declaración o en una concejalía vacía de contenido.

Voy a agrupar mis reflexiones en dos apartados, uno sobre lo que podemos esperar de la universidad y el otro sobre lo que podemos esperar de la política, los gobiernos, la participación y ser más conscientes.

2.1. ¿Qué se puede esperar de la universidad?

Al hablar de la universidad me refiero, fundamentalmente, al papel que pueden jugar las facultades de Economía para cambiar de orientación y enseñar Economía Ecológica, con todas sus implicaciones, en lugar de seguir enseñando Economía de sistema cerrado manteniendo la congelación intelectual. En cualquier caso, mi perspectiva es que la universidad, entendida como un conjunto o como un espacio concreto, lleva muchos años perdiendo relevancia, si es que alguna vez la tuvo. La razón es que la universidad ha dejado de enseñar a pensar, si es que alguna vez lo hizo, y se centra cada vez más en enseñar a obedecer:

“El núcleo del problema está aquí en una comunidad universitaria que no enseña a las élites a superar su propio interés y su cortadad de miras. No puede hacerlo porque ella misma se ha decantado hacia el interés egoísta y la estrechez de visión que con tanta facilidad aparecen en el mundo de las corporaciones profesionales” (Ralston, 1997, 82); y también: “Estamos ante una crisis de conformismo provocada por nuestras estructuras corporativistas, en la que las universidades, que deberían ser centros activos de una crítica pública independiente, tienden a instalarse prudentemente bajo los velos protectores de sus propios gremios” (Ralston, 1997, 84).

Es en este contexto de pérdida de relevancia en el que se puede entender el poco interés que existe en la universidad por la Economía Ecológica y por enseñar a pensar. Un breve recorrido por las ideas de algunos destacados economistas nos puede ayudar a entender qué es lo que realmente se enseña en las facultades de Economía.

Mi punto de partida es Adam Smith. Vamos a suponer que sí, que es el padre de la economía, como dicen en muchas facultades. ¿Qué es lo que se enseña de él? Poco más que algunas “ideas” triviales como que fue el “inventor” de la mano invisible, que defendía el egoísmo y que estaba a favor de los “mercados libres”, sin más matizaciones. Sus preocupaciones por aprender a pensar con claridad y por incorporar los “sentimientos morales” y por ponerse en el lugar del otro, aplicando la compasión (*sympathy*), y desmarcándose de la utilidad como virtud son sistemáticamente ignoradas. “Hay otra doctrina que intenta dar razón [...] del origen de nuestros sentimientos morales, pero que es diferente de la que yo me he esforzado por demostrar. Es aquella que hace que la virtud radique en la utilidad” (Smith, 1978: 161).

Pero como esto no se ve o no se quiere ver, y en la economía desde la Universidad no importa qué se dice sino quién lo dice, tiene que llegar Sen, un economista de prestigio que recibiría el premio Nobel de economía, para que se preste una cierta atención a la malinterpretación (¿deliberada quizás?) que se hace de Smith en relación con el egoísmo. “El egoísmo universal como realidad puede ser falso, pero el egoísmo universal como requisito de la racionalidad es evidentemente absurdo” (Sen, 1989: 33); y con más contundencia:

“El apoyo que los seguidores y los partidarios del comportamiento egoísta han buscado (el subrayado es mío) en Adam Smith es difícil de encontrar en una lectura más profunda y menos sesgada de su obra. El catedrático de filosofía moral y el economista pionero no llevó, en realidad, una vida de una esquizofrenia espectacular. De hecho, en la economía moderna, es precisamente la reducción de la amplia visión smithiana de los seres humanos lo que puede considerarse como una de las mayores deficiencias de la teoría económica contemporánea. Este empobrecimiento se encuentra íntimamente relacionado con el distanciamiento de la economía y la ética” (Sen, 1989, 45).

Por que lo que ocurre con el egoísmo ocurre también con el análisis del poder y los mercados que hace Smith, es decir, de cómo los empresarios imponen las leyes, las reglas de juego que van a condicionar y orientar a esos supuestos “mercados libres” en beneficio de unos u otros.

Todo esto ha desaparecido de los libros de texto ya que sus trabajos originales, empezando por *La riqueza de las naciones*, no se leen. Lo que cuenta a la hora de estudiar y aprobar, pero no de aprender, es la lectura de manuales que “contienen” el adoctrinamiento envasado. Por eso se asombran los estudiantes de Economía cuando ven que Smith escribía reflexiones como la siguiente: “la reglamentación del comercio siempre es un engaño, mediante el que los intereses del estado y de la nación se sacrifican en beneficio de una clase particular de comerciantes” (Smith, 1783), creyendo incluso que ese párrafo fue escrito por Marx.

Por eso, también, escribió Galbraith con ironía:

“Adam Smith es demasiado sabio y entretenido para relegarlo entre los conservadores, pocos de los cuales lo han leído alguna vez [...] con su desprecio por los subterfugios teóricos y su vivo interés por las cuestiones prácticas, hubiera tenido dificultades para obtener una cátedra con titularidad plena en una universidad moderna de primer rango” (Galbraith, 1982: 107 y 124).

Efectivamente. Y eso que Galbraith no conoce la Universidad española. Aquí, en España, a Smith, sus actuales “defensores que quizás no lo han leído”, es posible que ni siquiera se le hubiera reconocido su trabajo “investigador” por lo que nunca habría podido “habilitarse”. ¿Saben algo de esto los estudiantes de Economía? ¿Para qué se publica? ¿Quién lee estas reflexiones relevantes que permitirían a los estudiantes obtener claridad y lucidez? ¿A qué universidad y a qué profesores les interesa que los estudiantes piensen de verdad por su cuenta? ¿Por qué se sienten tan agraviados los profesores cuando un estudiante se atreve a mostrar que piensa por su cuenta, más allá de los ejercicios teóricos de pizarra?.

Voy a dar un salto hasta Joan Robinson, que toca, directamente, cómo se enseña a obedecer (y está hablando de las universidades inglesas). Concretamente:

“La economía es una rama de la teología. ¿Cómo se ha logrado hacer aceptar a varias generaciones de estudiantes estos conjuros sin sentido? La mayoría de los estudiantes no comprenden de qué va la cosa; piensan que tal vez no sean lo suficientemente inteligentes para entenderlo y se callan. Pero los inteligentes aprenden el truco; empiezan a tener un interés en creer que han aprendido algo importante. Dedicarán el resto de sus vidas a enseñarlo a nuevas generaciones. Así se va perpetuando el sistema [pero] los estudiantes no pueden desperdiciar unos años preciosos aprendiendo sólo a recitar conjuros” (Robinson, 1969, 171-173); y también “Durante los últimos cien años, la doctrina académica [en Economía] ha hecho más para desviar la atención de los verdaderos mecanismos de la economía capitalista que para aclararlos” (Robinson, 1971, 155).

¿Que Robinson era muy crítica? No, era sencillamente lúcida. Sus estudiantes debían disfrutar mucho con esta mujer genial que se atrevía a ver lo que tenía delante.

Pero podemos buscar un economista de prestigio que sea “menos crítico”, por ejemplo, el premio Nobel W. Leontief. ¿Qué diagnóstico hacía de la enseñanza de la economía en las universidades norteamericanas en 1982? El siguiente:

“Los departamentos de Ciencias Económicas están preparando a una generación de eruditos estúpidos, genios de las matemáticas esotéricas, pero verdaderos niños en materia económica [...]. Los métodos utilizados para mantener la disciplina intelectual en los departamentos de Economía más influyentes de las universidades estadounidenses pueden, a veces, recordar a los usados por los marines para mantener la disciplina en Parris Island”.

En otras palabras, ¿qué es lo que se enseñaba? Obediencia y sumisión. De hecho, su diagnóstico coincide, esencialmente, con el de Joan Robinson. No es casual, se trata de atreverse a vivir con los ojos abiertos o con los ojos cerrados. Y en las facultades de Economía se opta por esto último, bajo la apariencia de que se enseña a ver. Eso es, también, la economía como teología, enseñar a los estudiantes a tener fe, es decir, a “creer que ven” y que comprenden cómo funciona la economía.

Vámonos a otro “crítico” como Galbraith:

“Cuando la corporación moderna adquiere poder sobre los mercados, poder sobre la comunidad y poder sobre las creencias, pasa a ser un instrumento político, diferente en forma y en grado, pero no en esencia, del Estado mismo.

“Sostener algo contrario es más que evadirse de la realidad. Es disfrazar esta realidad: Las víctimas de este encubrimiento son los estudiantes a los que formamos en el error. Los beneficiarios son las instituciones cuyo poder disfrazamos de esta manera. No puede haber duda: la economía, tal como se la enseña, se convierte, por más inconscientemente que sea, en una parte de la maquinaria mediante la cual se impide al ciudadano o al estudiante ver de qué manera está siendo gobernado o habrá de estarlo” (Galbraith, 1982: 189).

Galbraith muestra el papel de imponer la enseñanza del conformismo que cumple la economía que se enseña en la Universidad. Saltamos ahora a un sociólogo lúcido:

“Mientras los medios producen la cretinización vulgar, la Universidad produce la cretinización de alto nivel. La metodología dominante produce oscurantismo porque no hay asociación entre los elementos disjuntos del saber ni posibilidad de engranarlos y de reflexionar sobre ellos” (Morin, 1994: 31).

Por supuesto, eso es exactamente lo que significa la Economía de sistema cerrado ya que se cierra sobre sí misma ignorando y excluyendo las interdependencias con los demás sistemas, algo imposible metodológica y empíricamente. ¿Qué es lo que prima en este tipo de perspectivas económicas? Jugar con los modelos matemáticos irrelevantes:

“En la economía, de toda la gama de construcción de modelos, elegimos tan pocas interrelaciones y tratamos tantas variables como ‘constantes’ que nuestros estudiantes probablemente no tienen la más mínima idea de cuáles y cuántos factores se han dejado deliberadamente fuera. A veces me pregunto si aquellos que elaboran el modelo son realmente conscientes de estas omisiones. Para la mayoría de ellos y, desde luego, para la mayoría de los estudiantes de teoría económica, parece que la sociedad apenas existe o se ha convertido en el sinónimo de un conjunto de variables que se mantienen constantes o fuera del análisis” (Kapp, 1968, 225).

Si prestamos atención vemos que no existen diferencias fundamentales entre la creación de “eruditos estúpidos genios de las matemáticas esotéricas” de Leontief y la creación de la “cretinización de alto nivel” de Morin. De eso se trata. ¿Que nos parecen afirmaciones muy exageradas? Entonces podemos irnos a otro economista de prestigio que sea más “convencional”. Por ejemplo, Ronald Coase. Tal y como se estudia a Coase en los manuales, estaremos de acuerdo en que es un economista convencional. ¿Por qué? Porque los manuales cuentan de Coase sólo lo que les interesa y, además, de una manera tergiversada e incompleta. Por eso hay que leer algunos textos originales suyos, como el que él leyó cuando recibió el premio Nobel de Economía en el que afirmaba que esperaba que la concesión de dicho premio sirviera para que disminuyera “...ese elegante y estéril teorizar tan comúnmente encontrado en la literatura económica en la actualidad” (Coase, 1994). Efectivamente, una economía “elegante”, es decir, basada en modelos matemáticos que ignoran la realidad y, por lo tanto estéril, inútil para aprender a pensar y a comprender.

Pero el mismo Coase se despacha a gusto, en un artículo publicado en el *American Economic Review*, insistiendo en que:

“La economía convencional, por lo que veo en las revistas científicas, en los manuales y en los cursos que se enseñan en los departamentos de economía se ha convertido en algo cada vez más abstracto y, aunque se propone lo contrario, de hecho está poco preocupada por lo que ocurre en el mundo real [...]. En la actualidad, los economistas estudian cómo la oferta y la demanda determinan los precios pero no estudian los factores que determinan qué bienes y servicios se intercambian en los mercados y, en consecuencia, tienen precios. Es una perspectiva que desprecia lo que ocurre en el mundo real, pero a la que los economistas se han

acostumbrado y viven en ese mundo confortablemente. El éxito de la economía convencional, a pesar de sus defectos, es un tributo al poder del soporte teórico puesto que la economía convencional es fuerte en la teoría pero débil en su evidencia empírica” (Coase, 1998: 72).

Esta reflexión no hace nada más que darle la razón a otro premio Nobel de Economía, cuando insistía en que “debido a que el campo de los fenómenos con los que trata la economía es tan estrecho, los economistas están continuamente dándose cabezazos contra sus límites” (Hicks, 1979: 22).

Así estamos, a cabezazos contra la realidad para no verla. Lo anterior me parece suficiente para saber qué economía es la que se enseña, mayoritariamente, en la universidad y para darse cuenta de que de la universidad no hay mucho que esperar ni en materia de innovación económica intelectual, ni en materia de enseñar a pensar de manera relevante sobre las cuestiones que tienen que ver con la adaptación de la economía a las limitaciones que impone este planeta. Por eso, la Economía Ecológica no llegará nunca a consolidarse en la Universidad, nunca será posible “convencer” intelectualmente a profesores que no quieren ver lo que tienen delante de sus ojos y que, todavía menos, están dispuestos a “conversar” sobre su trabajo. En el fondo, y a pesar de las lúcidas reflexiones de prestigiosos economistas que he citado más arriba, la mayoría de los profesores de las facultades de Economía siguen a lo suyo y ven sólo lo que quieren ver. O quizás es que no pueden hacer otra cosa.

¿Por qué la mayoría de los profesores juega a este juego que impide aprender a pensar y a ver dónde vivimos? Probablemente por incapacidad psicológica, lo que no excluye la existencia de todo un conjunto de intereses más o menos mezquinos:

“La estrategia más frecuente entre los intelectuales colaboracionistas consiste hoy en un mecanismo de defensa que Žizek, tras las huellas de Lacan, ha llamado atenuación. Se explica muy sencillamente: la atenuación se basa en constatar un hecho de la realidad y, acto seguido, disociar esa misma constatación de cualquier posible consecuencia en el plano de la conducta práctica. Su fórmula sería: ‘Sé perfectamente que esto es así [pero me sigo comportando del mismo modo que si no lo supiera en absoluto]. Ni que decir tiene que no hay que apresurarse a asimilar la atenuación a las prolijas justificaciones del cobarde o al intrincado fariseísmo del trepa. La atenuación no se sitúa exactamente en el plano de la labilidad moral. Su dimensión propia es aún más profunda pues, con ella, *con el acto de disociación que la funda* –y en el que se evaden la culpa subjetiva y el displacer de la contradicción–, *es el propio sujeto lo que resulta disociado, son en realidad áreas enteras de percepción y sensibilidad las que terminan secuestradas, devastadas, por esta forma tan contemporánea de la conciencia sierva*” (Zapata, 2007; el subrayado es mío).

Si comprendiéramos que la Economía Ecológica no trata sólo de abordar un problema intelectual sino, también, de entender una cuestión psíquica sin cuyo entendimiento es casi imposible comprender ese problema intelectual -puesto que se trataría de “integrar” la economía en la naturaleza o la cabeza en el corazón, es decir, de “recomponer” la disociación entre esa economía y esa naturaleza que, básicamente, es la expresión de la disociación (o desconexión) entre las personas, consigo mismas y con la naturaleza-nos daríamos cuenta del inmenso trabajo psíquico que tenemos por delante. Si Zapata tiene razón, lo que estaría ocurriendo es que muchos profesores de economía, igual que muchos ciudadanos, están disociados, por lo que carecen —o *tienen secuestradas o devastadas-áreas enteras de sensibilidad y percepción que les llevan a “ignorar” lo que ven*. Entonces, o trabajamos para recuperar la sensibilidad y la percepción de esas áreas o seguiremos sin darnos cuenta de que estamos disociados y sin darnos cuenta de que es imposible que la economía siga disociada de la naturaleza. En otras palabras, seguiremos ignorando lo que vemos y seguiremos sin ver lo evidente.

Naredo constata que:

“No hay un interés mayoritario por reflexionar sobre ‘las raíces del deterioro ecológico y social’ (como rezaba el título de uno de mis últimos libros) [...]. A medida que se refuerza la función apologética del statu quo que ejercen las academias y las administraciones estatales y empresariales, embarcadas en reflexiones instrumentales y campañas de ‘imagen verde’ dignas de mejor causa, decae su capacidad para interpretar y gestionar las crisis y conflictos que el propio sistema genera. De esta manera, es probable que las tendencias regresivas sigan, como hasta ahora, adelante, sin que la sociedad tome conciencia de ellas y actúe para ponerles coto. Porque, como he indicado, resulta difícil que una civilización prevea su propia crisis y ponga los medios necesarios para resolverla cuando afecta a sus cimientos. (Naredo, 2009: 41-43).

Efectivamente, al secuestro o devastación de áreas enteras de sensibilidad y percepción hay que añadir el trabajo de “construcción deliberada de la confusión y de la inconsciencia”, por parte de la universidad y de las administraciones privadas y públicas, y de que ahora ya todo va siendo ecológico por lo que no hay motivos para preocuparse. “No creas lo que tú ves, cree lo que yo te digo que veas”, sería, de alguna manera, la exigencia oficial que El Roto resumió hace ya muchos años en esa pintada que ve un hombre perplejo al pasar delante de un muro y que dice “prohibido ver lo evidente”.

Parece claro que la “conciencia sierva” se construye pacientemente pero quizás es posible construirla porque esa construcción deliberada se encuentra ya con un terreno previamente abonado y acondicionado desde hace mucho tiempo a

través de la invalidación psíquica de las personas desde la infancia. Dicho de otra manera ¿Por qué aceptamos ignorar lo que vemos con nuestros ojos y creer lo que nos dicen algunas ‘autoridades’ que veamos?. En otras palabras ¿Por qué ocurre la atenuación-disociación? ¿Por qué muchas personas se siguen comportando “como si no lo supieran en absoluto? Alice Miller, filósofa, socióloga y, fundamentalmente psicóloga, lleva décadas estudiando las consecuencias del maltrato infantil y acuñó el término “escisión” para referirse a las situaciones en las que:

“...la madre intentará satisfacer sus propias necesidades con ayuda de su hijo. Esto no excluye una entrega afectiva, pero a esta relación explotadora le faltan componentes de vital importancia para el niño, tales como fiabilidad, continuidad y constancia, y le falta sobre todo ese espacio donde el niño podría vivir sus propios sentimientos y sensaciones. Desarrollará, por tanto, algo que la madre necesita y que, si bien entonces le salva la vida (el amor de la madre o del padre), suele *impedirle ser él mismo durante toda su vida*. En este caso, las necesidades naturales propias de la edad del niño no pueden ser integradas, sino que son *escindidas* o reprimidas. Esta persona vivirá, más tarde, sin saberlo en su pasado” (Miller, 1985: 59; el subrayado es mío).

En su último libro afirma que la disociación está originada por ese maltrato infantil:

“Los niños que han sido golpeados, humillados y atormentados, sin el apoyo de ningún testigo, a menudo desarrollan con los años un síndrome muy grave: no conocen sus propios sentimientos, los temen como la peste y son, por lo tanto, incapaces de comprender las vitales conexiones existentes entre ellos. De adultos descargan sobre otras personas la misma crueldad que ellos sufrieron de niños, sin darse cuenta de ello y, consecuentemente, sin ser conscientes de su responsabilidad, porque entienden esta crueldad, como ya lo hicieron sus padres, como ‘salvación’ para los otros. De esto resulta un comportamiento extremadamente irresponsable que, unido a una exagerada hipocresía, numerosas ideologías revisten de una aparente legitimidad. *Las acciones hostiles contra la vida y contra el hombre que amenazan nuestro planeta son la consecuencia directa de este comportamiento*, sobre todo en esta época de grandes avances técnicos” (Miller, 2009: 89; el subrayado es mío).

¿Podemos esperar, ante esta situación, que la Economía Ecológica llegue a convertirse en un conocimiento intelectual generalizado y fundamental en las facultades de Economía en un plazo de tiempo pequeño para poder adaptar la economía mundial a las características del planeta tierra? Mi respuesta es que no. Las dificultades para “integrar” a tanto “disociado” son inmensas y requerirán muchísimo tiempo. Por otro lado, lo bueno es que la universidad cada vez es menos relevante y menos influyente en la sociedad (en un sentido positivo), aunque sigue aburriendo y durmiendo a millones de estudiantes cada año. Ese es el problema.

Por eso, una esperanza consiste en que la Universidad pierda importancia. A David Peat, físico y autor del libro *Sincronicidad* le preguntaron: “¿Piensa que instituciones como la universidad desaparecerán en el futuro y serán sustituidas por otro tipo de institución más abierta, completa y profunda?”. A lo que contestó: “En más de un sentido esto es motivo hasta de esperanza” (Gallegos, 1997: 31).

Pero esto sólo resuelve una parte del problema ya que la disociación está generalizada y no se limita a la universidad, es decir, a los profesores y estudiantes universitarios. La Economía Ecológica seguirá avanzando intelectualmente, aunque de manera lenta, pero uno de los retos más importante consiste en aprender a abrir los ojos para reconocer la disociación, relacionada con el maltrato infantil, y rechazar dicho maltrato infantil generalizado como parte destacada de nuestra cultura. Mientras no reconozcamos ese maltrato generalizado, con el resultado de la disociación, que configura nuestra psique de tal manera que áreas enteras de percepción y sensibilidad quedan devastadas, lo que nos impide ver, comprender y sentir lo que la economía le hace a la naturaleza y a nosotros mismos, la economía seguirá devastando el planeta en nombre del progreso y de sus indicadores tramposos y no seremos conscientes de ello.

2.2. ¿Qué se puede esperar de la política, de los gobiernos y de la participación tal y como está montada?

Es realmente muy poco lo que podemos esperar de ambos si lo que nos preocupa es comprender mejor la realidad y cambiar la orientación de la economía para que sea compatible con el planeta, esté al servicio de las personas y las decisiones se toman de manera realmente democrática. Políticos y gobiernos no están, con alguna excepción, interesados en estos cambios. Ni siquiera están interesados en una democracia de verdad, basada en el debate argumentado de ideas, en la que se escucha al ciudadano y se cuenta con él, en la que cuentan los argumentos y los razonamientos de calidad en lugar de que cuenten los pactos ocultos entre políticos y empresarios. En esta situación, políticos y gobiernos –con el apoyo de unos medios de comunicación profundamente distorsionadores de la realidad– son totalmente contrarios a los cambios que son necesarios. Eso sí, se dedican a expresar, de manera totalmente vacía, sus “profundas preocupaciones” por la situación actual y por la necesidad del cambio. Los políticos buscan, y dan, titulares de prensa, sin contenido y sin compromiso. Mientras no haya elecciones cercanas (y con frecuencia les da igual que haya elecciones) y mientras no haya

movimientos sociales fuertes con personas razonablemente sanas en términos de la disociación, los políticos se sienten impunes e invulnerables en sus mentiras habituales. Lo expresó *El Roto* con una lucidez admirable hace ya varios años al dibujar a dos políticos. Uno le dice al otro: “Ya no se creen las mentiras”; y el otro responde: “Así no se puede gobernar”.

Esa es la cuestión, empezar a dejar de creerse las mentiras habituales, insisto, de los políticos:

“Si se han constituido movimientos ecológicos no es solamente porque los partidos existentes no se preocupaban del problema, sino también porque la gente se da cuenta de que, si bien es cierto que los partidos hablan de ecología, sólo lo hacen por razones demagógicas, y que con estos partidos nunca ocurrirá nada diferente” (Castoriadis, 1969: 2006).

Así es, con estos partidos, gobiernen o estén en la oposición, formados por estas personas disociadas y acostumbradas a mentir nunca ocurrirá nada diferente. Tampoco con los movimientos alternativos si sus militantes no han resuelto el problema de la disociación.

Por ejemplo, Según la OMS (Organización Mundial de la Salud):

“27.000 europeos mueren cada año por accidentes laborales, lo que sumado a los que mueren por enfermedades contraídas por su trabajo nos da 300.000 muertes anuales por causas relacionadas con el trabajo. Casi mil personas al día [...] la responsabilidad principal es de los empleadores, que no están protegiendo adecuadamente a los trabajadores” (*elpais.com*, 16/10/2008). Y, según la misma fuente: “Más de dos millones de personas mueren cada año por culpa de la contaminación del aire [...]. La mitad de las víctimas se produce en los países más desarrollados, fruto de la contaminación debida al tráfico y los procesos industriales” (*elpais.com*, 6/10/2006). Y para terminar, señaló que “La Unión Europea constató que la contaminación atmosférica genera cuatro veces más muertes que los accidentes de tráfico y que sólo en España se salda con 16.000 víctimas al año” (*laopinion.es*, 24/10/06).

Con estos datos. ¿Podemos seguir afirmando que los políticos se preocupan de las personas o simplemente constatamos que existe una violencia legitimada y “normalizada” que nos han enseñado a aceptar y no ver? ¿Por qué cada fin de semana nos informan de los muertos por accidentes de tráfico pero se silencia el número de muertos por la mala calidad del aire en las ciudades que, según la noticia anterior, es cuatro veces mayor?.

Antonio Estevan me escribió hace algunos años reflexionando sobre cómo vivió la experiencia de su oposición razonada y argumentada al trasvase del río Ebro, y expresándome su:

“...completa pérdida de confianza en las posibilidades del diálogo con las instituciones, sean del signo que sean, y una creciente convicción de que sólo con movilización social se puede ganar en esta clase de conflictos, pero teniendo en cuenta que aún así, la movilización no es condición suficiente para ganar. Tiene que haber además una perspectiva de deterioro electoral de los partidos responsables suficiente para hacerles cambiar. Los razonamientos, la información, la demostración incluso apabullante de que se tiene razón, no sirven absolutamente para nada. Los políticos sólo se mueven por cálculos electorales y los tecnócratas no se mueven por nada, pues su objetivo es hacer obras, al margen de cualquier otra consideración. Por eso creo que los esfuerzos sobrehumanos que a veces hacemos para demostrarles técnicamente a las autoridades y a sus técnicos que están equivocados en tal o cual proyecto deberíamos reorientarlos a la difusión y a la movilización social, cuidando especialmente la proyección electoral de las protestas. Y negándonos a hablar con las estructuras tecno-políticas. Esto lo resumía yo en las charlas en el Júcar con una frase lapidaria que hacía bastante efecto: ‘contra tecnocracia, democracia; con la tecnocracia no vale la pena discutir’. Yo creo que esa es la conclusión, quizá algo cínica, pero creo que realista, que yo he sacado de los conflictos de los trasvases. Toda la parafernalia científica desplegada por la FNCA (Fundación Nueva Cultura del Agua) creo que no sirvió prácticamente para nada en la dialéctica con el poder, pero en cambio sí que fueron útiles los esfuerzos de divulgación que se hicieron para ayudar a la motivación social” (comunicación personal, 2 de febrero de 2007).

Desde luego es evidente que a los políticos y a los gobiernos les trae sin cuidado, para la toma de decisiones que ya tienen orientadas y comprometidas, la existencia de informes científicos argumentados y razonados. Encargan otros que digan lo contrario y punto. Así, de manera totalmente fraudulenta, “construyen” una especie de debate imposible –mejor dicho, un esperpento– que ya tienen ganado de antemano. Groucho Marx lo expresó con una claridad imposible de mejorar tratando de animar, como preparador, a “su” boxeador antes de que éste saltase al *ring*, diciéndole lo siguiente: “hemos hecho por ti todo lo que hemos podido; hemos untado al árbitro para que te favorezca y le hemos pagado a tu contrincante para que te deje ganar. El resto depende de ti. Y no olvides que tenemos grandes planes” (Kanfer, 2006: 112). ¿Exagerado? No, todo lo contrario. Real. Así suelen montarse los pseudodebates organizados por los gobiernos y los políticos. Aunque, desde luego, los números montados en los parlamentos, sean o no autonómicos, son, todavía, peores.

La realidad es que los políticos utilizan a los ciudadanos para que les voten y así “legitimar” sus comportamientos posteriores pero sin dar cuenta de ellos ni contar, después del voto, con las preocupaciones de los ciudadanos. Volvemos, otra vez, al tema del maltrato pues, de hecho, lo que hacen los políticos habitualmente es maltratar a los ciudadanos, les hayan votado o no, aunque nos cueste reconocerlo. Quizás por eso la abstención vaya aumentando cada vez más:

“Las personas educadas con crueldad (que siguen siendo desgraciadamente la mayoría) se someten de forma voluntaria a los dictadores y los aplauden cuando les proporcionan la imagen de un enemigo. No es raro que en estados democráticos se elija, casi sin reparos, a un explotador bruto y egocéntrico si sus hábitos recuerdan a los del propio padre” (Miller, 2009: 81).

¿Podemos seguir engañándonos consciente o inconscientemente, es decir, disociándonos, ante realidades como la invasión de Irak, amañada con toda una sarta de mentiras por parte de dirigentes “elegidos democráticamente”, o el deterioro ambiental del planeta que cuesta la vida, año tras año a millones de personas? ¿Si eso no es maltrato y violencia qué es lo que nos queda ver y recibir para convencernos? ¿Cuándo empezaremos a darnos cuenta de que la economía de los sistemas democráticos descansa desde hace mucho tiempo sobre la violencia?.

Cuando la Comisión Mundial del Medio Ambiente y el Desarrollo afirma en 1987 que “la desigualdad (en la toma de decisiones y en la apropiación del capital ecológico, por parte de los países industrializados) es el principal problema ‘ambiental’ del planeta y su principal problema de desarrollo” (CMMAD, 1987); lo que está realmente diciendo es que el principal problema ambiental consiste en la toma de decisiones basada en la violencia que, habitualmente, practican los gobiernos de los países industrializados. Queramos verlo o no, la violencia, legitimada por las mentiras de nuestros gobiernos es la forma habitual de relación para apropiarse de recursos naturales con el resultado del deterioro irreversible del planeta y la condena a muerte de millones de personas. ¿O es que a estas alturas hay alguien que se crea que las invasiones de Irak y Afganistán tienen algo que ver con la excusa de “llevarles” la democracia? Y si esa violencia se practica fuera de los países occidentales, ¿hay alguna razón para que no se practique, también y habitualmente, dentro de ellos?.

¿Cómo entender el diagnóstico que hizo Cristina Narbona de las principales amenazas ambientales, siendo ministra de Medio Ambiente del primer Gobierno de Zapatero, si no es en términos de que son la violencia y el maltrato su origen?:

“No hay mayor amenaza para el medio ambiente que la demagogia, es decir, el engaño a los ciudadanos, el ocultismo intencionado de datos y decisiones, la manipulación interesada de la situación real de los recursos naturales y de las alternativas que existen para explotarlos adecuadamente [...]. La forma en que adoptamos las decisiones y quién las adopta a menudo determina lo que decidimos (...) los políticos, los administradores públicos del medio ambiente, jugamos un papel fundamental a la hora de elegir entre la demagogia o la transparencia” (Narbona, 2004).

¿De qué otra manera se puede calificar a lo que ella denomina *demagogia*, *engaño*, *ocultismo intencionado*, *manipulación interesada*, etc., sino de maltrato y violencia sobre los ciudadanos? Y, por cierto, ¿quién posee la capacidad institucional para aplicar esa violencia y ese maltrato de manera impune, habitualmente? Efectivamente, los gobiernos con el apoyo de los parlamentos y la aplicación del voto frente a los argumentos. No hay ninguna duda, seguimos en el mundo de la disociación.

La construcción de infraestructuras y megaproyectos sigue perfectamente el patrón de la mentira y del maltrato que diagnostica Narbona (Aguilera y Naredo, 2009). Mentira tras mentira se aprueban y financian con fondos públicos estos proyectos que, habitualmente, violan impunemente la legislación ambiental en nombre de un fraudulento “interés público de primer orden” que ningún gobierno está obligado a justificar:

“Lo que necesita [la gran corporación] en materia de investigación y desarrollo, obras públicas, apoyo financiero de emergencia, socialismo cuando las ganancias dejan de ser probables, se transforma en política pública [...]. Sus intereses tienden a convertirse en interés público” (Galbraith, 1972).

Y si, a pesar de todo, la oposición a través de los movimientos sociales es muy amplia y las mentiras son ya demasiado groseras, incluso para un político, entonces siempre se puede aumentar todavía más la mentira recurriendo a “desclasificar” especies y espacios naturales protegidos, por parte de la Consejería de Medio Ambiente correspondiente, para seguir construyendo sin trabas ambientales, en nombre del progreso, de la mejor protección efectiva y, por supuesto, de la creación de empleo, tal y como está actualmente tratando de hacer el Gobierno “democrático” de Canarias. Y viva esta democracia frente a “los del no a todo”, como ellos dicen, tratando de descalificar a los que nos oponemos con argumentos a los disparates basados en la arbitrariedad y en las componendas para sacar adelante proyectos innecesarios que sólo benefician a algunos empresarios amigos y que realmente, “desclasifica” la práctica actual de la democracia.

He citado ya muchas veces la reflexión de Sen sobre la confusión existente entre la democracia electoral y la democracia como ejercicio de razón pública, pero veo que siguen siendo pocas puesto que, como decía más arriba, la disociación nos impide ver lo que tenemos delante:

“Existe la tentación de ver a la democracia de forma excesivamente restringida y estrecha –exclusivamente en términos electorales y no en términos mucho más amplios, en lo que John Rawls ha llamado ‘el ejercicio de la razón pública’. Este concepto mucho más vasto y rico incluye la posibilidad de que los ciudadanos participen en el debate político y, con ello, estar en disposición de influir en las opciones relativas a los asuntos públicos [...]. La democracia tiene demandas que trascienden a la urna electoral [...]. ¿Qué es exactamente la democracia? Para empezar debemos evitar su identificación con la idea de gobierno de la mayoría” (Sen, 2007).

Y claro, ante este panorama ¿Podemos seguir creyendo que la participación –tal y como la entienden estos gobiernos– va a servir para que los ciudadanos contemos en la elaboración de un diagnóstico y de unas soluciones que sean razonablemente argumentadas y honestas? No, nunca van a permitirnos esa participación que, por otro lado, aterroriza a los políticos profesionales acostumbrados a la mentira, al maltrato y a la violencia. Tendremos que exigirla y ponerla en práctica pero, desde mi punto de vista, esa participación tampoco será una solución si quienes desean participar no son conscientes de sí mismos y permanecen escindidos puesto que volverán a reproducir el autoritarismo y el maltrato recibido:

“A fin de cuentas, una persona que haya padecido conscientemente su propio destino en toda su tragedia, sentirá el sufrimiento del otro con mayor intensidad y rapidez, aunque éste aún tenga que superarlo. No podrá burlarse de los sentimientos de otro, no importa de qué tipo sean, si es capaz de tomar en serio los suyos propios. No seguirá dándole vueltas al círculo infernal del desprecio [...]. Esta tendencia no sólo tiene consecuencias personales y familiares sino, también, políticas. Las personas que hayan aprendido en la terapia a esclarecer sus sentimientos y analizar sus verdaderas causas, no estarán ya sometidas a la compulsión de descargar su ira sobre seres inocentes para sí ahorrársela a quienes se hubieran hecho merecedores de ella. Estarán en condiciones de odiar lo aborrecible y amar lo que sea digno de amor. Ya que se atreven a averiguar quién ha merecido su odio, podrán orientarse en la realidad sin ser víctimas de la ceguera del niño maltratado, que no puede hacer daño a sus padres y, por lo tanto, necesita chivos expiatorios [...] El futuro de la democracia depende de este paso adelante del individuo. Apelar al amor y a la razón será inútil mientras estos pasos para esclarecer los sentimientos sigan siendo obstaculizados” (Miller, 1985: 160-161).

Pero como este paso no se está dando, lo que está ocurriendo es que la democracia se está trivializando, se usa continuamente como etiqueta pero su contenido y su esencia son, cada vez, menores:

“¿Una futura Constitución democrática? ¿Otra Constitución más democrática? La cuestión no es ésa. La cuestión radica en qué va quedando realmente de la democracia en su contenido de igualdad, justicia y libertad. Si en la actualidad la democracia se propaga por el mundo con tanta facilidad es significativamente porque se ha desprendido de peso y ha ganado en trivialidad: ha perdido realidad y se ha convertido en otra ficción más” (Verdú, 2003).

¿Será alguna vez realidad la economía de sistema abierto? ¿Aprenderemos alguna vez a configurar economías y estilos de vida que sean compatibles con el planeta, que estén al servicio de las personas y en las que las decisiones se tomen de maneras razonablemente democráticas, contando con la gente y no acudiendo al fascismo ecológico? Estoy convencido de que sí, si queremos seguir viviendo en el planeta. Esto exige muchos cambios pero no son sólo intelectuales puesto que las cuestiones que abordamos no son, exclusivamente, intelectuales o racionales. El sociólogo Antonio Elizalde, en su espléndido libro sobre *Desarrollo humano y ética de la sostenibilidad*, centra su atención en tres cuestiones fundamentales:

“¿Cómo hacer para que los ricos cambien sus hábitos de consumo por un estilo de vida más frugal? ¿Cómo hacer para que el mercado y los políticos cambien su visión de corto plazo? ¿Cómo introducir en la cultura una visión más respetuosa y de mayor cuidado de la naturaleza?” (Elizalde, 2005).

Y el biólogo Maturana, en el prefacio del libro, aludiendo a esas tres cuestiones, le contesta que:

“Los problemas que plantean las preguntas anteriores no se resuelven desde la razón sino desde el deseo de convivir [...]. Para que ese convivir surja de un modo espontáneo en nuestro vivir adulto, debemos convivir con nuestros hijos e hijas de ese modo, ya que así ellos generarán, cuando sean adultos, ese convivir naturalmente por haberlo aprendido desde pequeños, no como una conducta razonable pero sí como una conducta deseable” (Maturana, 2005).

En otras palabras, esos problemas se resuelven desde el reconocimiento de que estamos expresando unos deseos o unas emociones, como el deseo de convivir, que es algo subjetivo, en lugar de engañarnos disfrazando de supuestas razones lo que no son nada más que emociones. De hecho:

“Los seres humanos somos seres emocionales que nos movemos desde nuestras emociones y usamos nuestro razonar para justificar o negar nuestro emocionar [...], el emocionar que vivimos determina en cada instante lo que podemos ver, admitir, escoger o hacer en ese instante” (Maturana, 2005).

Y es que a las personas escindidas y, especialmente, a los economistas que, además, hemos sido de-formados por una psicología ridícula y empobrecedora, que ya el propio Adam Smith cuestionó, se nos insiste en que en una perspectiva científica (¡como si la Economía fuera una ciencia!), lo que cuenta es la razón y el intelecto y no las emociones ni lo subjetivo. ¡Ahí está la publicidad para confirmarlo! Este es otro tipo de escisión supuestamente avalada por la ciencia que ya Blum cuestionó (Tabla 1), y que seguimos manteniendo para mantener dormidos a los estudiantes, puesto que la escisión se presenta como una condición necesaria de la ciencia sin hacer referencia a que esa separación impide una comprensión profunda y completa de la realidad y de nosotros mismos.

Por ejemplo, el propio Einstein reconocía que sus principales ideas eran intuiciones o destellos intuitivos, no ejercicios racionales o intelectuales a los que llegaba mediante cálculos y modelos. De hecho cada vez hay más científicos que reconocen que sus "ideas" les llegan de manera inesperada o "inconsciente" y que, posteriormente, el trabajo consiste en atreverse a darles forma y a comunicarlas. En mi despacho tengo colgada una reflexión de Einstein que dice: "la mente intuitiva es un regalo sagrado y la mente racional una sirvienta fiel. Hemos creado una sociedad que honra a los sirvientes y que ha olvidado los regalos". Y así seguimos empobreciéndonos cada vez más, con un miedo profundo a esas intuiciones preciosas que nos llegan y que nos enriquecen, si les prestamos atención.

Tabla 1
La realidad escindida

Comprensión de la realidad por parte de la Economía convencional	Aspectos de la vida considerados ajenos a la investigación científica
Los hechos	Los valores
Lo objetivo	Lo subjetivo
Lo consciente	Lo inconsciente
Lo formal	Lo sustantivo
La cantidad	La calidad
El pensamiento	Las emociones
Lo externo	Lo interior
El objeto	El sujeto

Fuente: Blum (1977).

No deja de ser irónico que neurólogos como Damasio insistan en que:

“Nosotros somos el resultado de una combinación de razón y emoción; de hecho, la razón está siempre informada por la emoción. La gran revolución ha sido ver que las emociones no están por debajo, sino que emoción y razón van juntas. Y algo todavía más importante: que las emociones fueron, al comienzo y a lo largo de la evolución, la base de la racionalidad. La razón empezó con las emociones. Emociones como el miedo, la compasión o la alegría ayudaron a las criaturas vivas a tomar decisiones racionales” (Damasio, 2007).

Y no deja de ser paradójico que, Adam Smith, catedrático de ética antes que economista, le pese a quien le pese, en su ignorada *Teoría de los sentimientos morales*, defendiera el papel de sentimientos como la *compasión* (como señalé más arriba) para conseguir una economía más humana y que estuviera en mayor medida al servicio de las personas. La enseñanza de la Economía lleva ya demasiado tiempo transmitiendo la escisión entre economía y naturaleza, entre pensamiento y emoción, entre seres humanos y agentes supuestamente “racionales” y, de esta manera, contribuye a ocultar o ignorar las bases reales que permitan una comprensión adecuada de las implicaciones de nuestros hábitos y estilos de vida sobre la naturaleza y el planeta. Es necesario aceptar y enseñar que “nuestra actividad racional y constructiva depende no sólo de que la función del pensar se mantenga intacta, sino también de nuestro acceso a las verdaderas emociones” (Miller, 1985: 168). Si la economía académica no incorpora adecuadamente estas cuestiones lo más pronto posible, como parte habitual de sus contenidos y, además, la práctica cotidiana de la economía sigue ignorándolas, el desastre ambiental y de la humanidad va a ser imparable. Pero el diagnóstico es claro, los problemas ambientales son, fundamentalmente, la expresión de nuestra mente enferma y escindida que ignora lo evidente, que se muestra incapaz de, o considera innecesario, rehabilitar esas áreas devastadas de sensibilidad y percepción (para permitir el acceso a las emociones que sane nuestra manera de pensar) sin las cuales los seres humanos nos convertimos en nuestro peor enemigo.

¿Con qué perspectivas podemos seguir trabajando las personas que estamos interesadas en la Economía Ecológica y en la integración entre la economía y la naturaleza? En mi caso lo hago como profesor de la universidad, con sus implicaciones investigadoras, educativas y sociales, como miembro de un grupo ecologista y como persona que trata de entenderse mejor a sí misma para, moviéndome desde el reconocimiento de un cierto grado de disociación hacia una mayor integración, poder comprender mejor esa integración necesaria entre la economía y la naturaleza. En cualquier caso, no vivo con las expectativas de que tenga lugar ni a corto ni a largo

plazo esa integración, con todo lo que ello significa. Me muevo, más bien, en una idea de esperanza que tiene que ver pensar, sentir y hacer sin traicionarme a mí mismo, de manera que ese comportamiento tenga sentido para mí. En otras palabras:

“La esperanza [...] es, más que nada, un estado de la mente; no la veo como un estado del mundo. O tenemos la esperanza dentro de nosotros o carecemos de ella. Es una dimensión del alma, y no depende, en esencia, de ninguna observación concreta del mundo ni de ninguna estimación objetiva de la situación [...]. No es la convicción de que algo va a salir bien, sino de que tiene sentido, sea cual sea el resultado final”; Havel (1990).

Referencias bibliográficas

- > Blum, F. (1977): “Profesor Kapp’s Approach to a Science of Man in Society in the Light of the Emerging New Consciousness and Social Order”; en Steppacher, R.; Zogg-Walz, B. y Hatzfeldt, H.: *Economics in Institutional Perspective*. Massachusetts, Lexington Books, Massachusetts; pp. 47-60.
- > Castoriadis, C. (2006): *Una sociedad a la deriva. Entrevistas y debates (1974-1997)*. Buenos Aires.
- > CMMAD (1987): *Nuestro futuro común*. Madrid, Alianza.
- > Coase, R. (1992): “The institutional structure of production”; en *American Economic Review* (82, 4); pp. 713-719.
- > Coase, R. (1998): “The new institutional economics”; en *American Economic Review* (88, 2); pp. 72-74.
- > Damasio, A. (2007): “Entrevista a Damasio”; en *El País*, 11 de noviembre.
- > Elizalde, A. (2005): *Desarrollo humano y ética de la sostenibilidad*. Madrid, PPC.
- > Galbraith, J. K. (1972): *Anales de un liberal impenitente*. Vol.: *Economía, política y asuntos económicos*. Barcelona, Gedisa.

- > Gallegos, R., comp. (1997): *Una sola conciencia. Enfoque holístico sobre el futuro de la humanidad*. México DF, Editorial Pax.
- > Havel, V. (1990): *Disturbing the Peace*. Londres y Boston, Faber and Faber. Citado por Capra, F. (2003): *Las conexiones ocultas. Implicaciones sociales, medioambientales, económicas y biológicas de una nueva visión del mundo*. Barcelona, Anagrama.
- > Hicks, J. (1979): *Causality in Economics*. Oxford, Basil Blackwell.
- > Kanfer, S. (2006): *El ABC de Groucho Marx*. Barcelona, RBA.
- > Kapp, K. W. (1968): "En defensa de la economía institucional"; en Aguilera, F., ed.: *Economía de los recursos naturales: un enfoque institucional*. Madrid, Fundación Argentaria-Visor Distribuciones; pp. 219-235.
- > Kapp, K. W. (1970): "La ruptura ambiental y los costes sociales: un desafío a la economía"; en Aguilera, F., ed.: *Economía de los recursos naturales: un enfoque institucional*. Madrid, Fundación Argentaria-Visor; pp.149-161.
- > Kapp, K. W. (1976): "El carácter de sistema abierto de la economía y sus implicaciones"; en Aguilera, F. y Alcántara, V. (1994): *De la economía ambiental a la economía ecológica*. Barcelona, CIP-Icaria.
- > Leontieff, W.: (1998): «Economía Académica»; en *Archipiélago* (33).
- > Maturana, H. (2005): "Prefacio" a Elizalde, A. (2005): *Desarrollo humano y ética de la sostenibilidad*. Madrid, PPC.
- > Miller, A. (1985): *El drama del niño dotado y la búsqueda del verdadero yo*. Barcelona, Tusquets.
- > Miller, A. (2009): *Salvar tu vida. La superación del maltrato en la infancia*. Barcelona, Tusquets.
- > Morin, E. (1994): *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona, Gedisa.
- > Narbona, C. (2004): "Prólogo" a *Recursos Mundiales 2004. Decisiones para la tierra: equilibrio, voz y poder*. Madrid, Instituto de Recursos Mundiales-Ecoespaña.

- > Naredo, J. M. (2009), en *Por una economía ecológica y solidaria. Conversaciones de Daniel Jover con Antonio Estevan y José Manuel Naredo*. Barcelona, Icaria.
- > Passet, R. (1980): "La thermodynamique d'un monde vivant"; en *Futuribles* (diciembre); pp. 3-25.
- > Robinson, J. (1969): "La economía hoy"; en su *Relevancia de la teoría económica*. Barcelona, Ediciones Martínez Roca; pp. 165-173.
- > Sen, A. (2007): *El valor de la democracia*. Barcelona, El Viejo Topo.
- > Sen, A. (1989): *Sobre ética y economía*. Madrid, Alianza Universidad.
- > Smith, A. (1988): *Investigación sobre la Naturaleza y Causas de la Riqueza de las Naciones*. Edición Conmemorativa del bicentenario de la primera edición de la obra a cargo de R. H. Campbell y A. S. Skinner (editores). Barcelona, Oikos-Tau.
- > Smith, A. (1978): *Teoría de los sentimientos morales*. México DF, Fondo de Cultura Económica.
- > Ralston, S. J. (1997): *La civilización inconsciente*. Barcelona, Anagrama.
- > Verdú, V. (2003): "De súbditos a clientes pasando por ciudadanos"; en *El País*, 6 de diciembre.
- > Zapata, A. (2007): "Ideas sobre la literatura"; en el blog <http://vicenteluis-mora.blogspot.com>, publicado el 16 de mayo de 2007. Citado por Riechmann J. (2009): *La habitación de Pascal. Ensayos para fundamentar éticas de suficiencia y de autocontención*. Madrid, Ediciones de La Catarata.

